

PAUL AUSTER

EL PALACIO DE LA LUNA



# **Paul Auster**

## El Palacio de la Luna

Traducción de Maribel De Juan



Seix Barral

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Moon Palace*  
Viking  
Nueva York, 1989

- © Paul Auster, 1989  
c/o Guillermo Schavelzon & Asoc., Agencia Literaria  
[www.schavelzon.com](http://www.schavelzon.com)
- © por la traducción, Maribel De Juan, 1990
- © Editorial Planeta, S. A., 2015  
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Compañía  
Primera edición en Colección Booket: febrero de 2015

Depósito legal: B. 755-2015  
ISBN: 978-84-322-2430-0  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

# 1

Fue el verano en que el hombre pisó por primera vez la luna. Yo era muy joven entonces, pero no creía que hubiera futuro. Quería vivir peligrosamente, ir lo más lejos posible y luego ver qué me sucedía cuando llegara allí. Tal y como salieron las cosas, casi no lo consigo. Poco a poco, vi cómo mi dinero iba menguando hasta quedar reducido a cero; perdí el apartamento; acabé viviendo en las calles. De no haber sido por una chica que se llamaba Kitty Wu, probablemente me habría muerto de hambre. La había conocido por casualidad muy poco antes, pero con el tiempo llegué a considerar esa casualidad una forma de predisposición, un modo de salvarme por medio de la mente de otros. Ésa fue la primera parte. A partir de entonces me ocurrieron cosas extrañas. Acepté el trabajo que me ofreció el viejo de la silla de ruedas. Descubrí quién era mi padre. Crucé a pie el desierto desde Utah a California. Eso fue hace mucho tiempo, claro, pero recuerdo bien aquellos tiempos, los recuerdo como el principio de mi vida.

Llegué a Nueva York en el otoño de 1965. Tenía entonces dieciocho años, y durante los primeros nueve meses viví en un colegio universitario. En Columbia, a todos los estudiantes de primer año que no fueran de la ciudad

se les exigía vivir en el campus, pero cuando terminó el curso me trasladé a un apartamento de la calle Ciento doce Oeste. Allí fue donde viví durante los siguientes tres años, hasta el mismo momento en que toqué fondo. Teniendo en cuenta lo adversas que me eran las circunstancias, fue un milagro que durara tanto.

Viví en aquel apartamento con más de mil libros. Anteriormente habían pertenecido a mi tío Víctor, y él los había ido adquiriendo poco a poco a lo largo de treinta años. Justo antes de que me fuera a la universidad, me los ofreció, en un impulso, como regalo de despedida. Hice todo lo que pude para rehusarlo, pero el tío Víctor era un hombre generoso y sentimental, y no me permitió rechazarlo.

—No puedo darte ni dinero —dijo— ni consejos. Llévate los libros para complacerme.

Me llevé los libros, pero durante año y medio no abrí las cajas en donde estaban guardados. Mi propósito era convencer a mi tío de que aceptara que se los devolviera y no quería que les pasara nada mientras tanto.

Resultó que las cajas me fueron muy útiles en aquella situación. El apartamento de la calle Ciento doce no estaba amueblado, y en vez de despilfarrar mis fondos en cosas que no quería ni podía permitirme, me dediqué a convertir las cajas en piezas de «un mobiliario imaginario». Era algo parecido a hacer un rompecabezas: agrupar las cajas de cartón en configuraciones modulares, ponerlas en hilera, apilarlas una encima de otra, colocarlas una y otra vez hasta que al fin empezaron a parecer objetos domésticos. Un grupo de dieciséis me sirvió de soporte para el colchón, otro grupo de doce se convirtió en una mesa, otros de siete se convirtieron en sillas, uno de dos en cabecera. El efecto general era bastante monocromático, con aquel sombrero marrón claro en todas partes donde miraras, pero no pude por menos de sentirme orgulloso

de mi inventiva. A mis amigos les pareció un poco raro, pero ya habían aprendido a esperar de mí cosas raras. Imaginad la satisfacción, les explicaba, de meterte en la cama y saber que tus sueños van a descansar sobre la literatura norteamericana del siglo XIX. Imaginad el placer de sentarte a comer con todo el Renacimiento escondido debajo de la comida. En realidad, yo no tenía ni idea de qué libros había en cada caja, pero en aquel entonces yo era fantástico inventando historias, y me gustaba el sonido de aquellas frases, aunque fuesen mentira.

Mis muebles imaginarios permanecieron intactos casi un año. Luego, en la primavera de 1967, murió el tío Victor. Esa muerte fue un golpe terrible para mí; en muchos sentidos, el peor golpe que había recibido nunca. No sólo era la persona a quien más había querido en el mundo, sino que era mi único pariente, mi único vínculo con algo más grande que yo. Sin él me sentí despojado, totalmente arrasado por el destino. Si hubiera estado de alguna forma preparado para su muerte, tal vez me habría sido más fácil enfrentarme a ella. Pero ¿cómo se prepara uno para la muerte de un hombre de cincuenta y dos años que siempre ha tenido buena salud? Mi tío simplemente se murió una hermosa tarde de mediados de abril, y en ese momento mi vida empezó a cambiar, empecé a desaparecer en otro mundo.

No hay mucho que contar de mi familia. El reparto era pequeño, y la mayoría de sus miembros no permanecieron en escena mucho tiempo. Viví con mi madre hasta los once años, pero entonces ella murió en un accidente de tráfico, atropellada por un autobús que patinó y perdió el control en una calle nevada de Boston. Nunca hubo un padre en la película, así que habíamos sido solamente nosotros dos, mi madre y yo. El hecho de que usara su nombre de soltera probaba que nunca había estado casada, pero no me enteré de que era hijo ilegítimo hasta después

de su muerte. De niño, nunca se me ocurrió hacer preguntas acerca de esas cosas. Yo era Marco Fogg, mi madre era Emily Fogg y mi tío de Chicago era Victor Fogg. Todos éramos Fogg, y me parecía perfectamente lógico que personas de la misma familia tuviesen el mismo nombre. Más adelante, el tío Victor me dijo que originariamente el nombre de su padre había sido Fogelman, pero alguien de las oficinas de inmigración en Ellis Island lo había acortado y dejado en Fog, con una sola g, y éste había sido el nombre norteamericano de la familia hasta que le añadieron la segunda g en 1907. *Fogel* significaba pájaro, según me informó mi tío, y me agradaba la idea de tener a ese animal incorporado a mi identidad. Imaginaba que algún esforzado antepasado mío había sido capaz de volar realmente. Un pájaro volando en la niebla, pensaba, un pájaro gigante que voló a través del océano, sin detenerse hasta que llegó a América.

No tengo ninguna fotografía de mi madre, y me resulta difícil acordarme de cómo era físicamente. Siempre que la veo en mi mente me encuentro con una mujer baja, morena, con delgadas muñecas infantiles y dedos blancos y delicados, y repentinamente, de vez en cuando, recuerdo lo agradable que era que te tocaran aquellos dedos. Siempre es muy joven y guapa cuando la veo, y probablemente ese recuerdo es exacto, puesto que sólo tenía veintinueve años cuando murió. Vivimos en distintos apartamentos en Boston y en Cambridge, y creo que trabajaba para una especie de editorial de libros de texto, aunque yo era demasiado pequeño para tener una idea clara de lo que hacía allí. Lo que destaca más vívidamente en mi memoria son las ocasiones en que íbamos al cine juntos (películas de vaqueros con Randolph Scott, *La guerra de los mundos*, *Pinocho*), cómo nos sentábamos en la oscuridad del cine y nos comíamos poco a poco una bolsa de palomitas cogidos de la mano. Era capaz de contar chistes que me hacían reír a

carcajadas, pero eso sucedía sólo raramente, cuando los planetas estaban en la conjunción propicia. A menudo se mostraba distraída, propensa a un ligero mal humor, y a veces percibía que emanaba de ella una verdadera tristeza, una sensación de que estaba batallando con alguna vasta y eterna confusión. A medida que fui creciendo, me dejaba en casa con niñeras por horas cada vez más a menudo, pero no entendí lo que significaban esas misteriosas salidas suyas hasta mucho después, cuando hacía mucho tiempo que había muerto. Respecto a mi padre, sin embargo, el vacío era absoluto, tanto mientras ella vivió como después de muerta. Ése era un tema del que se negaba a hablar conmigo, y siempre que le preguntaba se mantenía inflexible.

—Se murió hace mucho tiempo —decía—, antes de que tú nacieras.

No había en toda la casa ninguna prueba de su existencia. Ni una fotografía, ni un nombre. Por falta de algo a que agarrarme, le imaginaba como una versión morena de Buck Rogers, un viajero espacial que había pasado a la cuarta dimensión y no encontraba el camino de vuelta.

A mi madre la enterraron junto a sus padres en el cementerio de Westlawn, y yo me fui a vivir con el tío Victor en el barrio de North Side de Chicago. Gran parte de esa primera época se me ha borrado, pero según parece andaba muy alicaído, suspiraba lo mío y por las noches sollozaba hasta que me quedaba dormido como un patético huérfano de una novela decimonónica. En una ocasión, una boba conocida de Victor se encontró con nosotros en la calle y, cuando él nos presentó, se echó a llorar, se secó los ojos con un pañuelo y murmuró que yo debía de ser el hijo del amor de la pobre Emmie. Yo nunca había oído esa expresión, pero comprendí que sugería cosas horribles y desgraciadas. Cuando le pedí al tío Victor que me la explicara, inventó una respuesta que no he olvidado nunca.



—Todos los hijos son hijos del amor —dijo—, pero sólo a los mejores les llaman así.

El hermano mayor de mi madre era un soltero de cuarenta y tres años, larguirucho y de nariz aguileña, que se ganaba la vida como clarinetista. Como todos los Fogg, tenía tendencia a la apatía y la ensoñación, a fugas repentinas y prolongados letargos. Después de un prometedor comienzo en la Orquesta de Cleveland, estos rasgos de su carácter acabaron por dominarle. Llegaba tarde a los ensayos porque se había dormido, se presentaba en los conciertos sin corbata y una vez tuvo la osadía de contar un chiste verde delante del concertino búlgaro. Después de que le despidieran, Victor fue de un sitio a otro con varias orquestas menores, a cual peor, y cuando regresó a Chicago en 1953 ya había aprendido a aceptar la mediocridad de su carrera. Cuando fui a vivir con él en febrero de 1958, daba clases de clarinete a principiantes y tocaba con la Howie Dunn's Moonlight Moods, una pequeña orquestina que hacía las acostumbradas rondas de bodas, confirmaciones y fiestas de graduación. Victor sabía que le faltaba ambición, pero también sabía que había otras cosas en el mundo aparte de la música. Tantas, en realidad, que a menudo se sentía abrumado por ellas. Como era de esa clase de personas que siempre están soñando con hacer otra cosa mientras están ocupadas, no podía sentarse a practicar una pieza sin detenerse a resolver mentalmente un problema de ajedrez, no podía jugar al ajedrez sin pensar en los fracasos de los Chicago Cubs, no podía ir al estadio de béisbol sin acordarse de un personaje secundario de Shakespeare, y luego, cuando al fin volvía a casa, no podía sentarse con un libro más de veinte minutos sin sentir la urgente necesidad de tocar el clarinete. Por lo tanto, dondequiera que estuviese y adondequiera que fuera, dejaba tras de sí un desordenado rastro de malas jugadas de ajedrez, marcadores con resultados provisionales y libros a medio leer.

Sin embargo, no era difícil querer al tío Victor. La comida era peor que la que me daba mi madre y los pisos en que vivimos estaban más sucios y abarrotados, pero a la larga ésas eran cuestiones sin importancia. Victor no pretendía ser algo que no era. Sabía que la paternidad estaba fuera de sus posibilidades y por lo tanto me trataba menos como a un niño que como a un amigo, un compañero en miniatura al que adoraba. Era un arreglo que nos convenía a los dos. Al cabo de un mes de mi llegada, habíamos desarrollado un juego consistente en inventar países entre los dos, mundos imaginarios que invertían las leyes de la naturaleza. Tardamos semanas en perfeccionar algunos de los mejores, y los mapas que dibujé de ellos los colgamos en un lugar de honor encima de la mesa de la cocina. La Tierra de la Luz Esporádica, por ejemplo, y el Reino de los Tuertos. Dadas las dificultades que el mundo real nos había creado, probablemente era lógico que quisiéramos abandonarlo lo más a menudo posible.

Poco después de mi llegada a Chicago, el tío Victor me llevó a ver la película *La vuelta al mundo en 80 días*. El héroe de la historia se llamaba Fogg, como es sabido, y desde entonces el tío Victor me llamaba Phileas como apelativo cariñoso, una referencia secreta a ese extraño momento en que, como él dijo, «nos enfrentamos a nosotros mismos en la pantalla». Al tío Victor le encantaba inventarse complicadas y disparatadas teorías acerca de las cosas y no se cansaba nunca de explicarme las glorias ocultas en mi nombre. Marco Stanley Fogg. Según él, demostraba que llevaba los viajes en la sangre, que la vida me llevaría a lugares donde ningún hombre había estado antes. Marco, naturalmente, era por Marco Polo, el primer europeo que visitó China; Stanley, por el periodista norteamericano que había seguido el rastro del doctor Livingstone hasta «el corazón del Africa más oscura»; y Fogg, por Phileas, el hombre que había dado la vuelta al

mundo en menos de tres meses. No importaba que mi madre hubiese elegido Marco simplemente porque le gustaba, ni que Stanley fuese el nombre de mi abuelo, ni que Fogg fuera un nombre equivocado, el capricho de un funcionario norteamericano medio analfabeto. El tío Victor encontraba significados donde nadie los hubiera encontrado y luego, con mucha destreza, los convertía en una forma de apoyo clandestino. La verdad es que yo disfrutaba cuando me dedicaba tanta atención, y aunque sabía que sus discursos eran fanfarronadas y palabrerías, había una parte de mí que creía cada una de sus palabras. En breve, el nominalismo de Victor me ayudó a sobrevivir a las difíciles primeras semanas en mi nuevo colegio. Los nombres son la cosa más fácil de atacar, y Fogg se prestaba a multitud de espontáneas mutilaciones: Fag y Frog, por ejemplo, junto con innumerables referencias meteorológicas: Bola de Nieve, Hombre de Fango, Baboso. Cuando agotaron las posibilidades de mi apellido, concentraron su atención en mi nombre. La *o* final de Marco era un blanco evidente, que dio lugar a epítetos como Dumbo, Jerko y Mumbo Jumbo; pero otras ocurrencias desafiaban todas las expectativas. Marco se convirtió en Marco Polo; Marco Polo en Camisa Polo; Camisa Polo se transformó en Cara de Camisa; y Cara de Camisa en Cara de Mierda, un deslumbrante ejemplo de crueldad que me dejó aturdido la primera vez que lo oí. Finalmente sobreviví a mi iniciación escolar, pero me dejó la sensación de la infinita fragilidad de mi nombre. Este nombre estaba tan estrechamente ligado a mi sensación de quién era yo que deseaba protegerlo de ulteriores daños. Cuando tenía quince años, empecé a firmar todos mis trabajos M. S. Fogg, imitando pretenciosamente a los dioses de la literatura moderna, pero al mismo tiempo encantado del hecho de que las iniciales correspondieran a las de *manuscrito*. El tío Victor aprobó con entusiasmo este cambio de postura.

—Cada hombre es el autor de su propia vida —dijo—. El libro que estás escribiendo aún no está terminado. Por lo tanto, es un manuscrito. No podría haber nada más apropiado.

Poco a poco, Marco fue desapareciendo de la circulación pública. Yo era Phileas para mi tío, y cuando llegué a la universidad, para todos los demás era M. S. Unos cuantos graciosos señalaron que esas letras eran también las iniciales de una enfermedad,<sup>1</sup> pero para entonces yo aceptaba con gusto cualquier nueva asociación o ironía que poder añadir a mi persona. Cuando conocí a Kitty Wu, ella me dio varios otros nombres, pero éstos eran de su exclusiva propiedad, por así decirlo, y también me alegré de recibirlos: Foggy, por ejemplo, que utilizaba sólo en ocasiones especiales, y Cyrano, que respondía a razones que aclararé más adelante. Si el tío Victor hubiera llegado a conocerla, estoy seguro de que habría sabido apreciar el hecho de que Marco, a su modesta manera, al fin hubiera puesto el pie en China.

Las lecciones de clarinete no iban bien (mi aliento se resistía, mis labios se impacientaban) y pronto encontré el modo de escabullirme. El béisbol me resultaba más atractivo, y a los once años ya me había convertido en uno de esos flacos chavales norteamericanos que iban a todas partes con el guante puesto y lo golpeaban con el puño derecho mil veces al día. No hay duda de que el béisbol me ayudó a superar algunos obstáculos en el colegio y cuando entré en la Liga Infantil aquella primavera, el tío Victor venía a ver casi todos los partidos para animarme. En julio de 1958 nos trasladamos repentinamente a Saint Paul, Minnesota («una oportunidad excepcional», dijo Victor, refiriéndose a un trabajo que le habían ofrecido para enseñar música), pero al año siguiente ya estábamos

1. *Multiple sclerosis*, «esclerosis múltiple». (N. de la t.)

de vuelta en Chicago. En octubre, Victor compró un televisor y me permitió faltar al colegio para ver a los White Sox perder la Serie Mundial en seis partidos. Ése fue el año de Early Wynn y los bulliciosos Sox, de Wally Moon y sus vertiginosas carreras completas. Nosotros éramos hinchas del Chicago, naturalmente, pero los dos nos alegramos secretamente cuando el hombre de las cejas gesticulantes echó uno fuera en el último partido. Al principio de la temporada siguiente volvimos a apoyar a los Cubs, los chapuceros e ineptos Cubs, el equipo dueño de nuestras almas. Victor era un acérrimo defensor del béisbol diurno y consideraba un bien moral que el rey del chicle no hubiera sucumbido a la perversión de la luz artificial.

—Cuando voy a un partido —decía—, las únicas estrellas que quiero ver son las del terreno de juego. Es un deporte que pide luz del sol y lana sudada. ¡El carro de Apolo suspendido en el cénit! ¡La gran bola ardiendo en el cielo americano!

Tuvimos largas discusiones durante aquellos años acerca de hombres como Ernie Banks, George Altman y Glen Hobbie. Éste era uno de sus favoritos, pero, en consonancia con su visión del mundo, mi tío afirmaba que nunca triunfaría como lanzador porque su nombre implicaba falta de profesionalidad. Los comentarios disparatados de este tipo eran la esencia del humor de Victor. Como para entonces yo me había aficionado verdaderamente a sus chistes, comprendía por qué tenía que decirlos con una cara muy seria.

Poco después de cumplir yo catorce años, la población de nuestra casa aumentó a tres. Dora Shamsky, de soltera Katz, era una fornida viuda de cuarenta y tantos años con una extravagante melena rubio platino y un trasero enfundado en una faja muy apretada. Desde el fallecimiento del señor Shamsky, ocurrido seis años antes, trabajaba de secretaria en la sección de actuarios de la compañía de segu-

ros Mid-American Life. Su encuentro con el tío Victor tuvo lugar en la sala de baile del Hotel Featherstone, donde los Moonlight Moods estaban a mano para proporcionar entretenimiento musical en la fiesta de Nochevieja que la compañía daba todos los años. Después de un noviazgo rápido como un torbellino, la pareja ató el vínculo en marzo. Yo no vi nada de malo en el hecho en sí y actué orgullosamente de padrino en la boda. Pero una vez que el polvo empezó a posarse, me dolió observar que mi nueva tía no reía con mucho gusto las bromas de Victor, y me pregunté si eso no indicaría que era un poco obtusa, una falta de agilidad mental que no auguraba buenas perspectivas a la unión. Pronto aprendí que había dos Doras. La primera era toda animación y actividad, un personaje brusco y masculino que se movía por la casa con la eficacia de un sargento, un baluarte de quebradizo buen humor, una sabelotodo, una mandona. La segunda Dora era una borracha coqueta, una mujer sensual, llorosa y auto-compasiva que se tambaleaba por la casa en albornoz rosa y vomitaba sus borracheras en el suelo del cuarto de estar. De las dos, yo prefería con mucho a la segunda, aunque sólo fuera por la ternura que me demostraba entonces. Pero Dora borracha me planteaba un problema que no sabía resolver, porque esos derrumbamientos suyos ponían a Victor malhumorado y triste, y lo que yo más odiaba en el mundo era ver sufrir a mi tío. Victor podía soportar a la Dora sobria y gruñona, pero su embriaguez despertaba en él una severidad y una impaciencia que a mí me parecía antinatural, una perversión de su verdadero carácter. Lo bueno y lo malo estaban por lo tanto en guerra constante entre sí. Cuando Dora estaba bien, Victor estaba mal; cuando Dora estaba mal, Victor estaba bien. La Dora buena producía un Victor malo y el Victor bueno sólo reaparecía cuando Dora era mala. Permanecí prisionero de esta máquina infernal durante más de un año.

Afortunadamente, la compañía de autobuses de Boston me había pagado una indemnización generosa. Según los cálculos de Victor, habría suficiente dinero para costear cuatro años de universidad y vivir modestamente, y aún quedaría algo extra que me serviría para entrar en la llamada vida real. Durante los primeros años mantuvo este capital escrupulosamente intacto. Me mantenía de su propio bolsillo y lo hacía con alegría, orgulloso de su responsabilidad y sin mostrar la menor inclinación a tocar ni un céntimo de aquella suma. Sin embargo, cuando Dora entró en escena, Victor cambió de planes. Retiró los intereses acumulados, junto con una pequeña cantidad de lo otro, y me matriculó en un internado privado de New Hampshire, pensando que de este modo corregiría los efectos de su equivocación. Porque si Dora había resultado no ser la madre que él había esperado proporcionarme, no veía ningún motivo para no buscar otra solución. Era una lástima tocar el capital, claro está, pero no había más remedio. Cuando tenía que enfrentarse a una elección entre el ahora y el luego, Victor siempre había elegido el ahora, y dado que toda su vida estaba ligada a la lógica de este impulso, era natural que optase por el ahora una vez más.

Pasé tres años en la Academia Anselm para chicos. Cuando volví a casa después del segundo año, Victor y Dora ya habían separado sus vidas, pero no parecía que tuviera sentido volver a cambiarme de colegio, así que regresé a New Hampshire cuando se acabaron las vacaciones de verano. Las explicaciones de Victor respecto al divorcio eran bastante confusas, y nunca estuve seguro de lo que pasó en realidad. Habló algo de cuentas bancarias desaparecidas y de platos rotos, pero también mencionó a un hombre llamado George, y me pregunté si él también tendría que ver en el asunto. Sin embargo, no le insistí a mi tío para que me diera detalles, puesto que, en definiti-

va, parecía más aliviado que apenado por estar solo otra vez. Víctor había sobrevivido a las batallas matrimoniales, pero eso no significaba que no le hubieran dejado heridas. Su aspecto era inquietantemente desaseado (le faltaban botones, los cuellos estaban sucios, los bajos de los pantalones raídos) y hasta sus chistes habían adquirido un carácter melancólico, casi patético. Esas señales ya eran bastante graves, pero lo más preocupante para mí eran sus fallos físicos. Había momentos en que daba traspiés (una misteriosa debilidad en las rodillas), tropezaba contra los muebles y no parecía saber dónde estaba. Yo sabía que la vida con Dora había hecho estragos en él, pero tenía que haber algo más. Como no quería aumentar mi alarma, logré convencerme de que sus problemas tenían menos que ver con su cuerpo que con su estado anímico. Puede que estuviera en lo cierto, pero, pensándolo ahora, me cuesta creer que los síntomas que observé por primera vez aquel verano no estuvieran relacionados con el ataque al corazón que le mató tres años más tarde. Víctor no me dijo nada, pero su cuerpo me hablaba en clave, y yo no tuve los recursos o la inteligencia necesarios para descifrar el mensaje.

Cuando volví a Chicago para las vacaciones de Navidad, la crisis parecía haber pasado. Víctor había recobrado en gran medida su fanfarronería y puesto en marcha, de repente, grandes proyectos. En septiembre, él y Howie Dunn habían disuelto la Moonlight Moods y habían formado otro grupo, aunando fuerzas con tres músicos más jóvenes que tocaban la batería, el piano y el saxofón. Ahora se llamaban Moon Men, los Hombres de la Luna, y la mayoría de sus canciones eran números originales. Víctor escribía las letras, Howie componía la música y los cinco las cantaban, más o menos.

—Se acabaron las viejas piezas clásicas —me anunció Víctor cuando llegué—. Se acabaron las melodías baila-



bles. Se acabaron las bodas y sus borrachos. Nos hemos salido del circuito del pollo de goma y vamos a intentar ir a lo grande.

No había duda de que habían montado un espectáculo original, y cuando fui a verlos actuar la noche siguiente, las canciones me parecieron una revelación: llenas de humor y de chispa, una forma bulliciosa de sátira que se burlaba de todo, desde la política al amor. Las letras de Victor tenían un sabor desenfadado de cancioneta, pero el tono subyacente era de un efecto casi swiftiano. Un cruce de Spike Jones con Schopenhauer, si tal cosa es posible. Howie les había conseguido una actuación en uno de los clubs del centro de Chicago y acabaron actuando allí todos los fines de semana desde el día de Acción de Gracias hasta el día de San Valentín. Cuando regresé a Chicago después de graduarme, ya tenían una gira a la vista e incluso se hablaba de grabar un disco para una compañía de Los Ángeles. Y ahí es donde los libros del tío Víctor entran en la historia. La gira iba a comenzar a mediados de septiembre y no sabía cuándo volvería.

Era de noche, tarde, y faltaba menos de una semana para que me fuera a Nueva York. Victor estaba sentado en su silla al lado de la ventana, fumándose un paquete de Raleighs y bebiendo *schnapps* en una jarra comprada en una tienda de baratillo. Yo estaba despatarrado en el sofá, flotando dichosamente en un estupor de whisky y tabaco. Llevábamos tres o cuatro horas hablando de cosas intrascendentes, pero ahora había un respiro en la conversación y cada uno se dejaba llevar en silencio por sus propios pensamientos. El tío Victor dio la última chupada a su cigarrillo, bizqueó cuando el humo subió por su mejilla, y luego apagó la colilla en su cenicero favorito, un recuerdo de la Feria Mundial de 1939. Mientras me examinaba con brumoso afecto, tomó otro sorbo de su bebida, hizo un ruido con los labios y lanzó un profundo suspiro.